

como él; lo cual no impide que el hombre, á la vista misma de Dios, se haga malo en una sociedad de-testable.

Es, sin embargo, evidente, á pesar de esas apariencias, ó por mejor decir, veleidades de religion, que la lucha entablada entre el socialismo y la tradicion cristiana, entre el hombre y la sociedad, ha de acabar por una negacion de Dios. La razon social no es para nosotros distinta de la absoluta, que no es otra cosa que Dios mismo; y negar la sociedad en sus fases anteriores es negar la Providencia, negar la Divinidad.

Así pues, estamos colocados entre dos negaciones, entre dos afirmaciones contradictorias: la una que por la voz de la antigüedad entera, poniendo fuera de cuestion á la sociedad y á Dios, á quien representa, pone en el hombre sólo el principio del mal; la otra que, protestando en nombre del hombre libre, inteligente y progresivo, atribuye al cáncer social, y por consecuencia al genio que crea é inspira la sociedad, las perturbaciones todas del universo.

Ahora bien: como las anomalías del órden social y la opresion de las libertades individuales proceden principalmente del juego de las contradicciones económicas, debemos examinar con los datos que hemos ya manifestado:

1.º Si la fatalidad, cuyo círculo nos rodea, es para nuestra libertad tan imperiosa y necesaria que dejen de sernos imputables las infracciones de ley cometidas bajo el imperio de las antinomias. Y si se está por la negativa, ¿de dónde procede esa culpabilidad particular del hombre?

2.º Si el sér hipotético todo bueno, todo poderoso, todo sabio, á quien atribuye la fe la alta direccion de las agitaciones humanas, no ha dejado de existir para la sociedad en el momento del peligro. Y si se está

por la afirmativa, ¿de dónde procede esa insuficiencia de la Divinidad?

En cuatro palabras vamos á examinar si el hombre es Dios, si el mismo Dios es Dios, ó si para llegar á la plenitud de la inteligencia y de la libertad, debemos buscar una entidad superior.

§ I. — Culpabilidad del hombre. — Exposicion del mito de su caida.

Mientras el hombre vive bajo la ley del egoismo, se acusa á sí propio; desde el momento en que se eleva á la concepcion de una ley social, acusa á la sociedad. En uno y otro caso la humanidad acusa siempre á la humanidad; y lo que hasta aquí resulta más claro de esta doble acusacion, es la extraña facultad que no hemos aun indicado, y la Religion atribuye tanto á Dios como al hombre, EL ARREPENTIMIENTO.

¿De qué se arrepiente, pues, la humanidad? ¿de qué quiere castigarnos Dios, que se arrepiente tambien de habernos creado? *Penituit Deum quod hominem fecisset in terrâ; et tactus dolore cordis intrinsecus, delebo, inquit, hominem...*

Si demuestra que los delitos de que la humanidad se acusa no son la consecuencia de sus dificultades económicas, por más que éstas resulten de la constitucion de sus ideas; que el hombre ejecuta el mal sólo por el deseo de ejecutarlo y sin violencia, del mismo modo que se honra con actos de heroísmo que no exige la justicia; se seguirá de ahí que el hombre, en el tribunal de su conciencia, puede muy bien hacer valer algunas circunstancias atenuantes, pero jamás quedar enteramente libre de su delito; que hay lucha, tanto en su corazon como en su entendimiento; que tan pronto es digno de elogio, como digno de censura, lo cual es siempre una prueba

de su condicion inarmónica; por fin, que la esencia de su alma es una perpétua lucha entre atracciones opuestas, su moral un sistema de tira y afloja; en una palabra, y esta palabra lo dice todo, un ECLECTICISMO.

Lo tendré pronto demostrado.

Existe una ley, anterior á nuestra libertad, promulgada desde el principio del mundo, completada por Jesucristo, predicada y atestiguada por los apóstoles, los mártires, los confesores y las vírgenes, grabada en las entrañas del hombre y superior á toda la metafísica: el AMOR. *Ama á tu prójimo como á tí mismo*, nos ha dicho Jesús á continuacion de Moisés. Ahí está todo. Ama á tu prójimo como á tí mismo, y la sociedad será perfecta; ama á tu prójimo como á tí mismo, y desaparecen todas las distinciones de príncipe y pastor, de rico y pobre, de sabio é ignorante, y se desvanece toda clase de contrariedad entre los intereses humanos. Ama á tu prójimo como á tí mismo, y sin ningun cuidado por lo porvenir, la dicha con el trabajo llenarán tus dias. Para cumplir esta ley y hacerse feliz, el hombre no necesita más que seguir las inclinaciones de su corazon y escuchar la voz de sus simpatías; ¡y se resiste sin embargo! Hace más: no contento con preferirse al prójimo, trabaja constantemente por destruir al prójimo: despues de haber hecho traicion al amor por el egoismo, lo derriba con la injusticia.

El hombre, digo, infiel á la ley de la caridad, se ha hecho, sin necesidad alguna, de las contradicciones de la sociedad otros tantos medios de dañar á sus semejantes; gracias á su egoismo, la civilizacion ha venido á ser una guerra de sorpresas y de emboscadas: miente el hombre, roba, asesina, y excepto en los casos de fuerza mayor, sin provocacion, sin excusa. En una palabra, realiza el mal con todos los caracté-

res de una naturaleza deliberadamente maléfica, tanto más malvada, cuanto que sabe, cuando quiere, hacer gratuitamente el bien y sacrificarse: lo que ha hecho decir de ella con tanta razon como profundidad: *Homo homini lupus, vel Deus*.

A fin de no extenderme demasiado, y sobre todo, para no prejuzgar en nada cuestiones que deberé volver á tratar, voy á encerrarme en el límite de los hechos económicos anteriormente analizados.

Ni la sociedad, ni la conciencia pueden nada contra el hecho de que la division del trabajo sea por su naturaleza, hasta que llegue el dia de una organizacion sintética, una causa irresistible de desigualdad física, moral é intelectual entre los hombres. Este es un hecho necesario de que tan inocente está el rico como el obrero parcelario, condenado por la índole de su ocupacion á toda clase de pobreza.

Mas ¿de qué procede que se haya cambiado esa desigualdad fatal en título de nobleza para los unos, de abyeccion para los otros? ¿De qué procede, si el hombre es bueno, que no haya sabido allanar con su bondad ese obstáculo puramente metafísico, y que la implacable necesidad llegue á romper el lazo fraternal entre los hombres, en lugar de estrecharlo? Aquí el hombre no puede excusarse con su impericia económica ni con su imprevision legislativa: le bastaba tener corazon. ¿Por qué han sido rechazados como impuros por los ricos los mártires de la division del trabajo, cuando habrian debido ser por ellos socorridos y honrados? ¿Cómo no se ha visto jamás, ni que los amos relevaran alguna vez á sus esclavos, ni que los príncipes, los magistrados ni los sacerdotes, cambiasen de condicion con los industriales, ni que los nobles reemplazasen á los siervos de la gleba? ¿De dónde les ha venido á los poderosos ese brutal orgullo?

Y téngase en cuenta que una conducta tal de su parte habria sido, no sólo caritativa y fraternal, sino tambien de la más rigurosa justicia. En virtud del principio de la fuerza colectiva, los trabajadores son los iguales y los socios de sus jefes; de suerte, que aún en el sistema del monopolio, restableciendo la comunidad de accion el equilibrio que ha turbado el individualismo parcelario, la caridad y la justicia se confunden. ¿Cómo explicar, pues, con la hipótesis de la bondad esencial del hombre, la monstruosa tentativa de cambiar la autoridad de los unos en nobleza, y la obediencia de los otros en bajeza? El trabajo ha trazado siempre entre el siervo y el hombre libre, del mismo modo que el color entre el negro y el blanco, una línea insuperable; y nosotros mismos, que tanto nos vanagloriamos de nuestra filantropía, pensamos en el fondo del alma como nuestros antecesores. La simpatía que experimentamos por el proletario es como la que nos inspiran los animales: delicadeza de órganos, horror á la miseria, orgullo por alejar de nosotros todo lo que sufre, tales son los rodeos egoistas por los que nuestra caridad se manifiesta.

Porque al fin, yo no quiero más que este hecho para confundirnos: ¿no es verdad que la beneficencia espontánea, tan pura en su nocion primitiva (*eleemosyna*, simpatía, ternura), la limosna por fin, es hoy para el desgraciado que la recibe, un signo de degradacion, una deshonra pública? ¡Y hay socialistas que corrigiendo el cristianismo se atreven á hablarnos de amor! El pensamiento cristiano, la conciencia de la humanidad, habia dado en lo justo, cuando fomentaba tantas instituciones para alivio del infortunio. Para comprender el precepto evangélico en toda su profundidad y hacer la caridad legal tan honrosa para los que la hubiesen recibido, como para los que la hubiesen ejercido, ¿qué se nece-

sitaba? ménos orgullo, ménos codicia, ménos egoismo. Si el hombre es bueno, se me podrá decir, ¿cómo el derecho á la limosna ha venido á ser el primer anillo de la larga cadena de las faltas, los delitos y los crímenes? ¿Habrá aún álguien que se atreva á acusar de las maldades del hombre el antagonismo de la economía social, cuando ese antagonismo le ofrecia tan buena coyuntura para manifestar la caridad de su corazon, no diré ya con el sacrificio, sino con el simple cumplimiento de la justicia?

Sé, y esta objecion es la única que podrá hacérseme, que la caridad lleva consigo deshonor y vergüenza, porque el individuo que la reclama, es sobradas veces ¡ay! sospechoso de mala conducta, y raras veces trae consigo la recomendacion de la laboriosidad y las buenas costumbres. Prueba la estadística con sus cifras, y esto viene á confirmarlo, que hay diez veces más pobres por poltronería ó incuria, que por mala fortuna.

No es mi ánimo rechazar esta observacion, demostrada por sobrado número de hechos, y de otra parte sancionada por el pueblo. El pueblo es el primero en acusar á los pobres de holgazanería; y nada más comun que encontrar en las clases inferiores hombres que se vanaglorían, como de un título de nobleza, de no haber ido jamás al hospital, ni de haber recibido, aún en los dias de más penuria, socorro alguno de la caridad pública. Así, del mismo modo que la opulencia confiesa sus rapiñas, confiesa su indignidad la miseria. El hombre es tirano ó esclavo por su voluntad, ántes de serlo por la fortuna: el corazon del proletario como el del rico, es una sentina de hirviente sensualidad, un foco de crápula y de impostura.

Ante esta revelacion inesperada, pregunto yo: ¿cómo si el hombre es bueno y caritativo, calumnia

el rico la caridad y la mancha el pobre?—Es que está pervertido el juicio en el rico, dicen los unos; es que están degradadas las facultades en el pobre, dicen los otros.—Mas ¿de qué procede que el juicio se pervierta por un lado, y por el otro se degraden las facultades? ¿Cómo una verdadera y cordial fraternidad no ha podido detener por una y otra parte los efectos del orgullo y del trabajo? Respóndaseme con razones, no con frases.

El trabajo, inventando procedimientos y máquinas que multiplican al infinito su poder, estimulando luego con la rivalidad el genio industrial, y asegurando sus conquistas por medio de los beneficios del capital y de los privilegios de la explotación, ha hecho más inevitable y más profunda la constitución jerárquica de la sociedad; y, lo repito, no se debe acusar de esto á nadie. Mas yo invoco de nuevo el testimonio de la santa ley del Evangelio: dependía de nosotros deducir de esa subordinación del hombre al hombre, ó por mejor decir, del trabajador al trabajador, consecuencias muy distintas.

Las tradiciones de la vida feudal y de la vida de los patriarcas habían dado el ejemplo á los industriales. La división del trabajo y los demás accidentes de la producción no eran más que llamamientos á la gran vida de familia, indicios del sistema preparatorio, según el cual debía manifestarse y desarrollarse la fraternidad. Con esta idea se instituyeron las maestrías, los gremios y los derechos de primogenitura, siendo de advertir que esas formas de asociación no repugnan ni aún á muchos economistas: ¿es tan de extrañar, que su ideal se conserve vivo entre los que, vencidos pero no convertidos, se presentan aún hoy como sus representantes? ¿Quién, pues, impedía que se mantuviesen en la jerarquía la caridad, la unión, el sacrificio de sí

mismo, si esa jerarquía no hubiese sido más que la condición del trabajo? Bastaba para esto que los inventores de máquinas, combatiendo como buenos caballeros con armas iguales, no hubiesen hecho un misterio de sus secretos; que los barones hubiesen entrado en campaña sólo para abaratar los productos y no para acapararlos; y los vasallos, en la seguridad de que la guerra no podía tener otro resultado que el aumento de su riqueza, se hubiesen mostrado más emprendedores, laboriosos y fieles. El jefe de taller no habría sido entonces más que un capitán que hacía maniobrar á sus soldados, tanto en su interés como en el propio, y los mantenía, no de su munificencia, sino con sus propios servicios.

En lugar de esas relaciones fraternales, hemos tenido el orgullo, la envidia y el perjurio; al maestro explotando al obrero degradado como el vampiro de la fábula, y al obrero conspirando contra el maestro, al ocioso devorando la sustancia del trabajador, y al siervo acurrucado en el heno, no teniendo energía sino para odiar á sus opresores.

«Llamados á procurar para la producción éstos los instrumentos de trabajo, aquellos el trabajo, están hoy en lucha los capitalistas y los trabajadores. ¿Por qué causa? Porque la arbitrariedad impera en todas sus relaciones, porque el capitalista especula con la necesidad que siente el trabajador de procurarse instrumentos, al paso que el trabajador por su lado procura sacar partido de la necesidad que siente el capitalista de hacer fructificar su capital.» (L. BLANC. *Organización del trabajo.*)

¿Y por qué esa *arbitrariedad* en las relaciones entre los capitalistas y los trabajadores? ¿Por qué esa hostilidad de intereses? ¿Por qué ese recíproco encarnizamiento? En vez de explicar eternamente el

hecho por el hecho mismo, id más al fondo, y encontrareis en todas partes, por primer móvil, un ardor por los goces que ni leyes, ni caridad, ni justicia pueden reprimir; vereis al egoísmo descontando sin cesar el porvenir y sacrificando á sus monstruosos caprichos el trabajo, el capital, la vida y la seguridad de todos.

Los teólogos han dado el nombre de *concupiscencia* ó de *apetito concupiscente* á la apasionada codicia de las cosas sensuales, efecto, segun ellos, del pecado original. Me interesa poco por el momento saber lo que es el pecado original: observo tan sólo que el apetito concupiscente de los teólogos no es otra cosa que esa *necesidad de lujo* que señala la Academia de Ciencias Morales como el móvil dominante de nuestra época. Ahora bien, la teoría de la proporcionalidad de los valores demuestra que el lujo tiene por medida natural la producción; que todo consumo prematuro trae consigo una privación ulterior equivalente, y que la exageración del lujo en la sociedad tiene por correlativo obligado una agravación de miseria. Interin el hombre sacrifica á placeres lujosos y prematuros sólo su bienestar personal, no puedo tal vez acusarle sino de imprudente; mas en cuanto les sacrifica el bienestar de su prójimo, que debia ser á sus ojos inviolable, no sólo por motivo de caridad, sino tambien por razon de justicia, digo que el hombre es malo, malo sin excusa.

*Cuando Dios, segun Bossuet, formó las entrañas del hombre, puso primeramente en ellas la bondad.* Así el amor es nuestra primera ley; y no vienen sino en segundo y en tercer orden las prescripciones de la razon pura y las instigaciones de la sensibilidad. Tal es la jerarquía de nuestras facultades: un principio de amor constituye el fondo de nuestra conciencia, y está servido por una inteligencia y órganos. Luego

una de dos: ó el hombre que viola la caridad para obedecer á su codicia es culpable; ó bien si es falsa esta psicología, y la necesidad del lujo ha de marchar en el hombre al par de la caridad y la razon, el hombre es un animal desordenado, esencialmente malo y el más execrable de los seres.

Así las contradicciones orgánicas de la sociedad no pueden cubrir la responsabilidad del hombre: consideradas en sí mismas, no son por otra parte esas contradicciones sino la teoría del régimen jerárquico, forma primera, y por consiguiente intachable de la sociedad. Por la antinomia de su desarrollo, el trabajo y el capital venian sin cesar traídos á la igualdad, al mismo tiempo que á la subordinación, á la solidaridad, tanto como á la dependencia: el uno era el agente, el otro el promovedor y el guardian de la riqueza comun. Vieron esto, aunque confusamente, los teóricos del sistema feudal. El cristianismo se habia encontrado en ocasion de cimentar el pacto; y es áun el sentimiento de esa organización mal conocida y falseada, pero en sí inocente y legítima, lo que produce entre nosotros las aspiraciones á lo pasado y sostiene las esperanzas de un partido. Como ese sistema estaba en las previsiones del destino, no cabe decir que fuese malo en sí, como no puedo decir que sea malo en sí el sistema embrionario, porque en la historia del desarrollo fisiológico precede á la edad adulta.

Insisto, por lo tanto, en mi acusación.

Bajo el régimen abolido por Lutero y la revolucion francesa, el hombre podia ser feliz hasta donde lo permitia el progreso de su industria: no lo ha querido ser, ántes por lo contrario, se ha resistido á serlo.

El trabajo ha sido tenido por deshonoroso; el clérigo y el noble se han convertido en devoradores del po-

bre: para satisfacer sus pasiones brutales, han extinguido en su corazón la caridad y han arruinado, oprimido, asesinado á los trabajadores. Y á la hora de esta vemos aún al capital acorralando del mismo modo al proletariado. En vez de templar por medio de la asociación y la mutualidad la tendencia subversiva de los principios económicos, el capitalista la exagera sin necesidad y con mala intención, abusa de los sentidos y de la conciencia del jornalero, le hace agente de sus intrigas, contribuyente de sus orgías y cómplice de sus rapiñas, le hace igual á sí mismo, y puede ya entonces desafiar la justicia de los revolucionarios. ¡Cosa monstruosa! El hombre sumergido en la miseria, cuya alma parece por consecuencia estar más cerca del honor y la caridad, ese hombre participa de la corrupción de su amo, lo sacrifica todo, como él, al orgullo y á la lujuria, y si alguna vez alza el grito contra la desigualdad de que es víctima, lo hace menos por celo de justicia que por rivalidad de concupiscencia. El mayor obstáculo que ha de vencer la igualdad no está en el orgullo aristocrático del rico, sino en el egoísmo indisciplinable del pobre. Y ¡contais con su bondad natural para reformar á la vez la espontaneidad y la premeditación de su malicia!

« Como la educación falsa y antisocial dada á la generación presente, dice Luis Blanc, no permite buscar sino en un aumento de recompensa un motivo de emulación y de estímulo, la deferencia de los salarios vendría graduada por la jerarquía de las funciones, en tanto que una educación completamente nueva cambiase sobre este particular las ideas y las costumbres.»

Dejemos en lo que valen la jerarquía de las funciones y la desigualdad de los salarios: no tomemos aquí en consideración sino el motivo dado por el au-

tor. ¿No es verdaderamente extraño ver al Sr. Blanc afirmando la bondad de nuestra naturaleza, y dirigiéndose al mismo tiempo á la más innoble de nuestras inclinaciones, la avaricia? Preciso es, á la verdad, que le parezca á V. el mal muy profundo para que crea V. necesario empezar la restauración de la caridad por una infracción de la caridad. Jesucristo atacaba de frente el orgullo y la concupiscencia: á no dudarlo, los libertinos que catequizaba serían unos santos varones al lado de las ovejas inficionadas del socialismo. Mas díganos V. por fin cómo se han falseado nuestras ideas, y cómo es antisocial nuestra educación, puesto que está ya demostrado que la sociedad ha seguido la senda trazada por el destino, y no se la puede hacer responsable de los crímenes del hombre.

La lógica del socialismo es en realidad maravillosa.

El hombre es *bueno*, dicen; pero es preciso hacer que no *esté interesado* en hacer el mal, para que se abstenga de cometerlo. El hombre es *bueno*; pero es preciso *interesarle* en el bien para que lo practique. Porque si el interés de sus pasiones le lleva al mal, hará el mal; y si ese mismo interés le deja indiferente para el bien, no hará el bien. Y la sociedad no tendrá derecho para echarle en cara que haya escuchado sus pasiones, porque á la sociedad tocaba dirigirle por medio de sus pasiones. ¡Qué rica y preciosa naturaleza la de Neron, que mató á su madre porque esa buena mujer le fastidiaba, é hizo quemar á Roma para mejor representarse el saqueo de Troya! ¡Qué alma tan artística la de Heliogábalo, que organizó la prostitución! ¡Qué carácter tan poderoso el de Tiberio! Pero ¡qué sociedad tan abominable la que pervertió esas almas divinas, y produjo, sin embargo, á Tácito y á Marco Aurelio!

¡Y esto es lo que se llama inocuidad del hombre y santidad de sus pasiones! Una vieja Safo, despues de abandonada por sus amantes, entra de nuevo en la regla conyugal: sin interés ya por el amor, vuelve al himeneo y es santa. ¡Lástima que esta palabra *santa* no tenga en nuestra lengua el doble sentido que tiene en la hebrea! Todo el mundo estaria entónces de acuerdo sobre la santidad de Safo.

Leo en una memoria de los ferro-carriles de Bélgica, que habiendo la administracion belga señalado á sus maquinistas una prima de 35 céntimos por hectólitro de coke que se economizara sobre un consumo medio de 95 kilógramos por legua recorrida, se habian obtenido resultados tales, que el consumo habia bajado de 95 kilógramos á 48. Este hecho resume toda la filosofia socialista: educar poco á poco al obrero en la justicia, estimularle al trabajo, elevarle hasta lo sublime de la abnegacion por medio del aumento del salario, de la participacion de los beneficios, de las distinciones y las recompensas. No trato en verdad de censurar este método, antiguo como el mundo: cualquiera que sea vuestro modo de domesticar y utilizar las serpientes y los tigres, lo aplaudo. Mas no vengan diciéndome que vuestras fieras son palomas, porque por toda contestacion os haré ver sus uñas y sus dientes. Antes de estar interesados los maquinistas belgas en la economía del combustible, gastaban la mitad más que ahora. Luego habia por su parte incuria, negligencia, prodigalidad, despilfarro, tal vez robo, por más que su contrato con la administracion les obligara á practicar todas las virtudes contrarias. *Es bueno, decís, interesar al obrero.*—Yo digo más: es justo. Pero yo sostengo que este *interés*, más poderoso en el hombre que una obligacion aceptada, más poderoso, en una palabra, que el DEBER, acusa al hombre. El socialismo marcha hácia

atrás en moral y se burla del cristianismo. No comprende la caridad, y á oírle, seria él quien la ha inventado.

Ved, con todo, dicen los socialistas, qué felices resultados ha producido ya el perfeccionamiento de nuestro orden social. Sin disputa alguna, la generacion presente vale más que las que la han precedido: ¿no tenemos razon en deducir de aquí que una sociedad perfecta dará ciudadanos perfectos?—Decid más bien, replican los conservadores partidarios del dogma de la caida del hombre, que habiendo depurado la religion los corazones, no es de maravillar que hayan participado de este beneficio las instituciones sociales. Dejad que la religion concluya su obra, y no os inquieteis por la sociedad.

Así hablan y se replican en una serie sin fin de divagaciones los hombres teóricos de uno y otro bando. No comprenden ni los unos ni los otros que la humanidad, para servirme de una expresion de la Biblia, es una y constante en sus generaciones, es decir, que en ella, en cada una de las épocas de su desarrollo, tanto en el individuo como en la masa, procede todo del mismo principio, que es no el *ser*, sino el *ir siendo*. No ven por un lado que el progreso en la moral es una incesante conquista del espíritu sobre la parte animal, así como el progreso en la riqueza es el fruto de la guerra que hace el trabajo contra la parsimonia de la naturaleza; y por consiguiente, que la idea de una bondad original viciada por la sociedad, es tan absurda como la idea de una riqueza natural perdida por el trabajo; y una transaccion con las pasiones ha de ser por lo tanto tomada en el mismo sentido que una transaccion con el reposo. Por otra parte, no quieren entender que si hay progreso en la humanidad, ya por obra de la religion, ya por cualquiera otra causa, la hipótesis de

una corrupcion constitucional es un contrasentido, una contradiccion.

Pero me anticipo á las conclusiones que deberé sentar más tarde: ocupémonos solamente en dejar consignado que el perfeccionamiento moral de la humanidad; á la manera del bienestar material, se realiza por una serie de oscilaciones entre el vicio y la virtud, el *mérito* y el *demérito*.

Sí, hay progreso de la humanidad en la justicia; pero ese progreso de nuestra libertad, debido todo al progreso de nuestra inteligencia, no prueba á buen seguro nada en favor de la bondad de nuestra naturaleza; y léjos de autorizarnos para glorificar nuestras pasiones, destruye incontestablemente su preponderancia. Cambia nuestra malicia con el tiempo de modo y estilo: los señores de la Edad media salian á robar al viajero en la mitad del camino, y luégo le ofrecian hospitalidad en su castillo: el feudalismo mercantil, ménos brutal, explota al proletario y le construye hospitales: ¿quién se atreveria á decir cuál de los dos ha merecido la palma de la virtud?

De todas las contradicciones económicas, la del valor es la que, dominando las demás y reasumiéndolas, tiene hasta cierto punto en sus manos el cetro de la sociedad, y estaba casi por decir del mundo moral. Interin el valor, oscilando entre sus dos polos, valor útil y valor en cambio, no ha llegado á su constitucion, lo tuyo y lo mio permanecen fijados de una manera arbitraria; las condiciones de fortuna son efecto de la casualidad; la propiedad descansa en un título precario; todo es provisional en la economía social. ¿Qué consecuencia habrian de sacar de esa incertidumbre del valor séres sociales, inteligentes y libres? la necesidad de hacer reglamentos amistosos, protectores del trabajo, garantías del cambio y de la baratura. ¡Qué feliz ocasion para

todos de suplir con la lealtad, el desinterés y la ternura de corazón, la ignorancia en las leyes objetivas de lo justo y de lo injusto! En lugar de esto, el comercio ha venido á ser en todas partes, por un esfuerzo espontáneo y un consentimiento unánime, una operacion aleatoria, un contrato á la gruesa, una lotería, frecuentemente una especulacion de sorpresa y de dolo.

¿Qué hay que obligue al acaparador de las subsistencias, al guarda-almacen de la sociedad, á simular una carestía, á dar la voz de alarma y á procurar el alza? La imprevision pública pone á su merced á los consumidores: un cambio cualquiera de temperatura le da un pretexto; la perspectiva de una ganancia segura acaba de corromperle; y el miedo, hábilmente sembrado, precipita la poblacion á sus redes. Ciertamente el móvil que hace obrar al estafador, al ladron, al asesino, esas naturalezas falseadas, se dice por el orden social, es el mismo que anima al que acapara sin que lo exija la necesidad de los tiempos. ¿Cómo, pues, esa pasion por ganar, entregada á sí misma, redunde en perjuicio de la sociedad? ¿Cómo ha debido incesantemente imponer límites á la libertad una ley preventiva, represiva y coercitiva? Este es el hecho acusador é imposible de negar: la ley ha salido en todas partes del abuso; el legislador se ha visto en todas partes obligado á reducir al hombre á la impotencia para el mal, cosa sinónima de poner un bozal á un leon ó infibular á un becerro. Y el socialismo, constante imitador de lo pasado, no pretende tampoco otra cosa: ¿qué es, en efecto, la organizacion que reclama sino una más sólida garantía de la justicia, una limitacion más completa de la libertad?

El rasgo característico del comerciante es hacerse de todo ya un objeto, ya un instrumento de tráfico.